VI.

Las tretas del caballero Meloir.

Era ya completamente de dia, y aunque el suelo del calabozo estaba mucho mas bajo que el nivel del piso de afuera, Aubry y el caballero podian verse.

El caballero se habia arreglado lo mejor posible sobre la paja, y parecia hallarse muy decidido á no abreviar su visita.

—¿Te acuerdas, primo Aubry, dijo, de una conversacion que tuvimos los dos, cerca de aquí, en el camino de Avranches al Monte? Tú llevabas la bandera de Mr. Gilles, y yo la bandera de Bretaña. Tú juzgabas severamente á nuestro señor el duque, y yo, que tengo mas edad y experiencia, era mas indulgente. Llegamos á hablar de nuestros amores porque siempre hay que llegar á ese punto, y supimos que éramos rivales. Pues bien, Aubry, con toda la sencillez de mi corazon te digo que eso me afligió por ti.

Aubry se sonrió desdeñosamente.

—¡Oh! dijo Meloir, ya sé que eres amado. Pero no se trata de eso. Está bien tu sonrisa bajo tu naciente bigote. Pero ella no está aquí, tu sonrisa es perdida. Entre dos hombres que se disputan á una hermosa, no se trata en manera alguna de saber á cuál de los dos quiere ella.

—¿Pues de qué se trata?

—De saber cuál de los dos será en último resultado su señor y dueño. Ahora bien, me afligí por tí, primo mio, porque sabia de antemano que no ganarias la partida.

—¡Todavía no la he perdido! murmuró Aubry.

La mirada viva y penetrante del caballero se fijó en él á hurtadillas. En seguida examinó prolijamente el calabozo como si hubiese querido desvanecer un temor enfadoso que le hubiese ocurrido de improviso.

Aquella caja de granito era muy á propósito para destruir toda inquietud.

Meloir comenzó á sonreir á su vez.

—Figúrate, primo Aubry, dijo, que acaba de cruzar por mi cerebro una idea extravagante. La manera en que has pronunciado estas palabras: «Todavía no la he perdido,» ha sonado en mis oidos como una amenaza, y he pensado que quizás tendrás algun medio de recobrar la libertad. Ahora bien, si la recobrases, á la verdad que la partida no seria muy mala.

La mirada de Aubry se alzó lentamente hácia el caballero.

—Ya comienza á excitarse tu curiosidad, ¿no es así? dijo Meloir. Ahora podria yo usar de rigor contigo, porque no has estado muy amable conmigo. Pero soy bonachon y no guardo rencor. Voy á hablarte absolutamente lo mismo que si me hubieras recibido con los brazos abiertos. Sí, primo Aubry, la fortuna se va volviendo á mi favor. Si estuvieses en libertad tendrias mucho adelantado, y entonces no me encontraria yo tan bien con mi famosa máxima de que «mas vale hacerse temer que hacerse amar,» porque ni aun siquiera tendria medios de hacerme temer.

Aubry escuchaba con suma atencion.

Meloir hizo una pausa.

Parecia gozar con la nueva atencion que le prestaba su compañero.

—Pero justamente te falta la libertad, repuso con una carcajada burlona, primo Aubry, y no seré yo quien vaya á dártela, en verdad. Hay aquí unas paredes magníficas, y mi juego vale mas que el tuyo. A tí te ama, pero yo me casaré. ¿No hay en esto motivo para reirse?

—Sí, cuando un hombre es un villano sin fe y sin honor, comenzó á decir Aubry.

—¡Quita allá! al momento llegas á los insultos; te prevaleces de tu posicion de cautivo, y eso no es generoso.

—Haz que me bajen á la playa, exclamó Aubry, dame una espada, lleva contigo dos ó tres de tus valientes soldados, y verás si sostengo mis palabras.

—¡Bien replicado! Pero soy demasiado viejo, primo mio, para dejarme coger de ese modo. Te perdono toda reparacion. Eres la espada mas valiente del mundo, y todo está dicho. Si nos hallásemos ambos en la playa, me partirias el cuerpo como Arturo de Bretaña lo hizo con el gigante del Monte Tombelene. Queda convenido. Entretanto hablemos razonablemente. Me falta explicarte por qué seria bueno tu juego si viniese una buena Hada, por casualidad, á romper tus hierros y perforar las murallas de tu calabozo. Las cosas han caminado de priesa desde el octavo dia del presente mes de junio que está para concluir. Francisco de Bretaña ha quedado muy impresionado por el terrible emplazamiento que le hizo el anciano Maurever, y ha envejecido diez años en dos semanas. Piensa incesantemente en el décimooctavo dia de julio, que es el que se le ha fijado para comparecer ante el tribunal de Dios, y sus médicos no saben si llegará á ese término, tal es la prisa con que se va marchando su vida. Ahora bien, el sol poniente no tiene ya adoradores; los

magos se dirigen siempre al sol que sale. En este momento en que te estoy hablando, un hombre resuelto que echase al viento un guiñapo blasonado, gritando en nombre de Mr. Pedro el futuro duque, pondria en precipitada fuga á mis jinetes y soldados como una bandada de gansos asustados.

Aubry bajaba la cabeza para ocultar el fuego que sentia en sus ojos.

Pensaba en su barra de hierro que estaba casi cortada.

Dentro de pocas horas podia estar libre.

Necesitaba toda su fuerza de voluntad para contener el grito de alegría que se escapaba de su corazon.

Meloir que le veia así, con la cabeza baja, experimentaba un sentimiento secreto de triunfo.

Prosiguió diciendo:

—Pero, ¿quién diablos pensaria en jugar á ese juego sino tú, primo Aubry? El viejo Maurever, que es un santo, no puedo negarlo, preferiria hacer que le matasen mil veces antes que alzar la bandera de la rebelion, y al fin y al cabo, nuestra linda Reina no es mas que una mujer.

—¡Oh! dijo Aubry fingiendo desesperacion y rabia; ¡verse uno obligado á permanecer aquí, como una fiera, en una jaula de hierro!

—Es cosa de desesperarse, no digo que no, porque durante este tiempo trabajo yo, primo Aubry. Por muy mal que esté el duque Francisco, siempre tengo quince dias de trabajo, y por vida mia que yo no pido tanto. Dentro de tres dias habré arreglado mis negocios.

—¡Tres dias! repitió Aubry con acento quejumbroso.

—Todo lo mas. Olvidaba decirte que el cansancio que me ha obligado á sentarme sobre tu paja, proviene de que la pasada noche he hecho una pequeña cacería en las playas.

—¡Ah! dijo Aubry interrumpiéndole, bien creia yo oir...

—¿Los ladridos de mi jauría? exclamó Meloir interrumpiéndole á su vez. ¡Ah! ¡endiablados perros! ¡qué buena la han llevado esta noche! Figúrate que han venido hasta las rocas que hay al pié del Monte. Esta noche los llevaremos á Tombelene.

Aubry sintió un estremecimiento pero guardó silencio.

—Por otra parte, prosiguió Meloir, esa jauría es un mero lujo; la he mandado venir para darme un aspecto de celo exagerado, porque sé yo de un pícaro que me dirá, en cuanto yo quiera, el retiro de Maurever.

Aubry ya no respiraba.

El caballero se arregló sobre la paja y buscó una postura cómoda.

—No es eso lo principal, dijo, lo que quiero participarte es lo relativo á la famosa partida que tenemos empeñada tú y yo; es el medio que emplearé para obtener la mano de la hermosa Reina.

—¡La violencia! murmuró Aubry.

—¡Quita allá! no me conoces. ¡Vaya una locura que seria hacerse temer, para llegar á amenazar como un hombre brutal! Y á la verdad que no merecia la pena..... Hacerse temer, primo Aubry, es, como te he dicho ya, el gran secreto del amor; pero con la condicion de no tener en sí, cuando se usa ese talisman querido, todo lo necesario para agradar. Ahora bien, no obstante los quince ó veinta años que tengo mas que tú, Aubry, amigo mio, todavía llevo bastante gallardamente mi penacho, y mira, en esta coraza de acero, mi cintura, como ves, conserva alguna elasticidad y gracia. ¡La violencia! ¡pardiez! he aquí lo que son estos jovencillos que pegarian á las mujeres si estas no suspirasen como esclavas á sus piés. Nosotros los caballeros (y Meloir se enderezó con mucha formalidad), nosotros los caballeros tenemos otros recursos, y para edificacion tuya, primo, voy á enseñarte una treta.

Al llegar aquí se interrumpió y volvió á reir ruidosamente.

—¡Oh! ¡oh! exclamó, ahora sí que aguzas el oido. Y á la verdad, primo, que preciso es que yo sea un pariente muy bueno, ó que tenga una confianza extremada en los cerrojos de mosen Juan Gonault, prior de los monjes del Monte San Miguel, para mostrarte de este modo hasta lo mas recóndito de mi corazon. ¡Pero no recuerdo haber visto en mi vida un semblante mas raro que el tuyo, primo Aubry! Me divierte el contemplarte, como entretiene mirar un misterio, representado por hábiles histriones.

Entonces tocó al prisionero fruncir el entrecejo.

Meloir tomaba francamente su revancha.

—No te incomodes, prosiguió, y deja que me divierta.... Hé aquí, pues, la treta anunciada.... Llego al retiro de Mr. Hue de Maurever, mi futuro y venerado suegro, y le prendo en nombre del duque Francisco, y á su hija, y á su comitiva, si la tiene, por fortuna, lo cual no creo, y me le llevo conmigo.

En el camino, coloco mi caballo al lado del suyo, y le digo: —¡Señor caballero! en otro tiempo fuí uno de vuestros amigos, y debe haberos sorprendido en gran manera verme encargar del papel que hoy estoy representando.

El solo me contesta con una mirada desdeñosa; insisto, y me envia al diablo.

Ya ves, primo que me pongo en lo peor.

Insisto de nuevo, y digo con tristeza:

—Me habeis juzgado mal, Hue de Maurever; todo lo que he hecho ha sido en beneficio vuestro. Desde el primer momento que estuvisteis en peligro, he querido salvaros, aunque fuese arriesgando mi propia vida!

Naturalmente abre el oido, porque al fin, tan luego como se propone un enigma, gustá saber su explicacion.

Yo saludo respetuosamente, y finjo retirarme. El me detiene diciendo:

—No os entiendo

A menos que prefiera decir:

—Explicaos.

Le dejo la eleccion entre los dos giros; vuelvo en seguida con aire humilde y afectuoso, y prosigo diciendo:

—¡Señor Hue, amo á vuestra hija!

—¡Y al oir eso, te vuelve la espalda, malandrin! exclamó Aubry interrumpiéndole.

—Creo que tienes razon, contestó Meloir tranquilamente; al oir esa confesion, deberá volverme la espalda, si te parece; pero yo no me descontento, y añado con voz compungida:

—¿Podeis pensar, Mr. Hue, que sintiendo este amor, haya podido ni por un solo instante?...

—Basta, me interrumpirá él, porque para prevenirlo todo hay que contar con lo que dé de sí el mal humor. Yo exclamo:

—¡Ah, señor Hue! el acusado tiene, al menos, el derecho de hacer su defensa. En el momento que yo os he dicho: amo á vuestra hija, habeis creido adivinar el móvil de mi conducta, habeis pensado: el caballero Meloir quiere conducirme ante el duque Francisco, entregar mi cabeza, y pedir por recompensa la mano de mi hija.

Si entonces puedo derramar una lágrima, primo Aubry, todo está dicho; si no puedo hacerlo, fingiré limpiarme los ojos, y proseguiré con calor:

—Ay Dios, señor Hue, no es tal mi intento. Yo soy un pobre hidalgo, es verdad, pero tengo un corazon tan elevado como el de un rey. Mi intencion fué tomar el encargo de perseguiros, á fin de que no se encargase de ello otro que fuese menos amigo vuestro; mi intencion era lo mismo el primer dia que es hoy; venir á vos y deciros: La tierra normanda está bajo vuestros piés, señor Hue; estais libre y Dios os guarde.

—¡Ah! ¡malvado, maldito! exclamó Aubry, cuyas sienes estaban bañadas en sudor.

—¿Preferias verme entregarle al gran preboste del duque Francisco? preguntó irónicamente Meloir.

—¡Quisiera verte en campo cerrado y con espada en mano, charlatan de honor!

—Puesto que te incomodas así, primo Aubry, dijo Meloir interrumpiéndole y levantándose, es señal de que la receta es buena y deberá alcanzar buen éxito.

Aubry se levantó igualmente.

—¡Sí, sí, es buena tu receta! dijo balbuceando con voz ahogada por el furor. Hue de Maurever es la generosidad personificada, creerá en la tuya, y aun despues, Reina, por salvar á su padre....

—¡Por San Meloir! exclamó el caballero, cada una de tus palabras me llena de placer, primo. Parece que, decididamente, he dado en la dificultad.

Hervia la cólera en el corazon de Aubry.

El mismo esfuerzo que hacia para contenerla era un alimento para su furor.

Meloir le miraba con aire provocativo.

—Y ahora, repuso, nada tengo ya que decirte; hasta la vista y te deseo mucha resignacion. Cuando volvamos á encontrarnos te presentaré á mi mujer.

En aquel momento estalló la rabia del jóven.

Habia desaparecido de él toda idea de prudencia.

—¡Cobarde! ¡cobarde! ¡cobarde! exclamó por tres veces, apoyándose de espaldas en la puerta, me encontrarás mas pronto de lo que piensas, y cuando abras la boca para engañar al anciano y á su hija, mi espada hará que tu mentira se ahogue en tu garganta.

—¡Ah! dijo Meloir, quien retrocedió hasta el pié de la ventana.

Aubry hubiera querido recoger las palabras pronunciadas, pero no era ya tiempo.

—¡Voto al diablo! dijo Meloir, yo habia venido para saber algo de eso. ¿Parece que tambien tenemos nuestras tretas?

Miró alrededor del calabozo por segunda vez y con mayor atencion.

Aubry habia vuelto á tumbarse en su lecho de paja. Ya no hablaba; tenia las manos libres; mas de una vez le habia ocurrido la idea de precipitarse sobre el caballero, pero este se hallaba armado de piés á cabeza, mientras que Aubry nada tenia para defenderse.

Meloir, despues de haber hecho su exámen, murmuró:

—No hay una sola hendidura por donde pase un dedo, y este mocito no es duende.... ¡Ah, exclamó de pronto, como si le ocurriese una idea, la tronera!

Aubry se estremeció de piés á cabeza. Meloir enderezó su elevada estatura, y como aun no alcanzaba su cabeza á la tronera, dió un salto.

—Un conejo podria pasar por ahí.

Parecia que su mirada hacia la comparacion entre la anchura de la ventana y el grueso del cuerpo de Aubry.

—¡Si estuviese cortada la barra! dijo explicando en alta voz su pensamiento.

Se quitó la manopla de hierro, se puso de puntillas, y le arrojó violentamente contra la barra, que produjo un sonido cascado.

—¡Ah, voto al diablo! ¡cuerpo de Cristo! ¡primo mio, exclamó, he hecho bien en venir.

Pero no concluyó la frase, porque el jóven, viéndose perdido y adoptando una resolucion repentina, habia aprovechado el momento en que Meloir atacaba á la barra para precipitarse sobre él.

En un abrir y cerrar de ojos fué derribado Meloir al suelo.

Aubry, que apoyaba la rodilla en su pecho, le puso su propia espada en la garganta.

—¡Lanza un grito, pronuncia una palabra, dijo en voz baja, y te mato como á un perro!

—Y harás bien, primo Aubry, repuso Meloir, que no se desconcertaba por tan poco. Has obrado como se hace en buena guerra, y yo no he hecho tan bien en venir. Pero puedes oprimir un poco menos mi garganta, si quieres. Te empeño mi palabra de caballero de que no pediré socorro.

VII.

Fray Bruno.

Cuando Aubry hubo aflojado un poco la mano, Meloir absorbió un poco de aire con visible satisfaccion.

—Tienes buenos puños, primo, dijo, y yo soy un necio. Tu treta vale mucho mas que la mia. No hay mas, y no es motivo ese para enfadarse.

—Escucha, Meloir, le contestó el jóven, en otro tiempo eras tú un soldado valiente y un buen compañero; no tengo valor para matarte.

—¡Diablo! dijo Meloir interrumpiéndole, ¡matarme! No te andas con rodeos, primo Aubry.

—Deberia hacerlo por Hue y por su hija.

—Nada de eso, añadió Meloir volviendo á interrumpirle. Sabes que soy incapaz....